

Esa frase de Sartre: “Esta necesidad de la conciencia de existir como otra cosa que sí misma, Husserl la llama ‘intencionalidad’ (Situaciones I), la parafrasearía diciendo que la conciencia está condenada a vivirse como otra cosa que sí misma.

“Siendo” otra cosa que sí misma, la conciencia genera el mundo, derrama su sentido sobre la “materialidad” informe que la rodea.

En este simple hecho, universal (en términos hegelianos) porque se verifica aquí y ahora en todas las conciencias que somos, radica el misterio (y el drama) de lo humano en todas sus dimensiones.

No somos seres fijos como las cosas que nos rodean. Cambiamos. Pero no es que cambiemos de edad en edad, siquiera de año en año. No. Cambiamos momento a momento, y nos damos cuenta cuando el cambio ya está consumado y va en curso otro cambio.

Y ese cambio no es algo de lo que podamos predicar como lo hacemos con las cosas: son de determinadas formas, de determinados colores, peso, etc. Sabemos que podemos predicar algo semejante de nuestro cuerpo. Pero sentimos, aunque sea íntimamente, que no somos cuerpo.

De modo que está en cuestión el sentido de “ser”, que se confunde con lo que es. Si puedo decir de algo que tiene una cualidad más o menos estable, siento que eso “es”. Si no, siento su ser resbaloso, inapresable; como que si no es algo estable, no es con claridad.

Es que las cosas “son” en nuestra percepción. Y son fijas en nuestro rango perceptual. Si pudiéramos percibir la danza subatómica, distinta sería la cosa.

Y hasta los otros son para nosotros de ese modo, bien que tienen sus cambios, pero mantienen cierta estabilidad en su “ser”, en su aparecerse ante nosotros con sus cuerpos y sus personalidades.

Atisbar este nudo es elemental para comprender nuestra condena: que nuestra conciencia necesite ser otra cosa que sí misma.

No se trata de ser distinta de sí sino “otra cosa”. Y no se trata de que yo sea otra cosa, sino de que mi conciencia lo sea. De hecho, soy otra cosa que ella: mi aparecer en la conciencia como su objeto es ser para ella otra cosa.

Todo lo que podemos decir de las cosas es lo que decimos que son, sus “propiedades”, “cualidades” o “atributos”. Y eso que podemos decir de las cosas, lo percibimos. De modo que las cosas son en nuestra percepción. Las cosas nos toman, nos invaden, nos colonizan mediante las sensaciones que provocan en nosotros (en nuestra conciencia).

Esas sensaciones son el “lecho” en que se depositan en cada uno, el nicho que nuestro ser les brinda para que existan. Siendo que existir es mostrarse, aparecer ante, apareciendo en nuestra conciencia, ante nuestra mirada, las cosas cobran existencia.

Este lecho existencial de las cosas no es el contexto todavía sino la “materia” o “sustancia” del contexto y las mismas cosas, de todo el campo de conciencia, de lo presente y lo copresente.

Los estímulos que nos da lo que nos rodea impactan y se hunden en nuestra sensibilidad para resurgir en nuestro campo de conciencia como eso que son (para nosotros): las cosas.

Así, el mundo es inescindible de cada uno, porque cada uno hace su mundo con su sensibilidad y las cosas adquieren existencia por ella.

Y cada uno está adherido al mundo porque nuestro ser es el que da cuerpo a las cosas, al darle la forma. Es nuestra sensibilidad la que sostiene y constituye la realidad.

Esa génesis del mundo continúa y constante que cada uno es, ese brotar el mundo a cada instante en cada uno es lo que nos confunde respecto de nuestro propio ser. Porque nuestro ser conciencia, nuestro ser creación constante, nuestro ser el aparecérsenos el mundo ante cada uno, es hacer el mundo a cada momento. Y ese hacer instantáneo nos identifica con lo creado, porque en ese hacer lo otro el ser se siente a sí mismo haciendo.

Pero la forma que aparece es la de lo otro, no la del propio hacer. Es como el movimiento de las manos del alfarero, que se diluye en la forma de la vasija a medida que ésta va apareciendo. Y es la vasija, el resultado del movimiento de sus manos lo que lo extasía como culminación del fascinarse con la creación mientras la hacía.

Sólo que en esta creación constante uno no siente que haga algo, y no es uno lo que brilla en el campo de conciencia sino el objeto. En todo caso, uno se siente partícipe de ese brillo sin tener conciencia de la creación, de que ese objeto sin uno no podría ser.

Es por el objeto que me siento, que tengo la oportunidad de ver un pálido reflejo de mi ser.

Así, yo soy ocasional: siendo como es, que a cada momento otra cosa que yo ocupa mi atención, mi percepción de mí se produce cuando, accidental o deliberadamente, mi atención vuelve sobre mí. Por lo general, una suerte de “rebote” del objeto presente.

Yo permanezco en copresencia, en todos los momentos y en cada uno de ellos, convertido en ruido de fondo dada la constancia de mi “señal”.

Pero yo estoy siempre ahí, enfrentado (opuesto en emplazamiento) al objeto que se me aparece en conciencia. Y yo también me aparezco en el campo de mi conciencia. También soy objeto para mi conciencia (y hasta para mí, en tanto imagen de mí). Y también en ese aparecerme yo en la conciencia ella existe como algo distinto de sí misma.

Aunque puedo percibirla, no lo hago de modo espontáneo sino deliberado: si no decido captar esas sensaciones internas de una suerte de movimiento que preceden y acompañan al objeto, mi percepción habitual sólo me entrega imágenes visuales (sean recuerdos, futurizaciones o fantasías), sentimientos

(estados emotivos) y sensaciones internas (ya sean del cuerpo –kinestésicas- o delintracuerpo –cenestésicas).

Todas ellas son objetos para mi conciencia. Todas ellas, en definitiva, sensaciones. Esto es, mi sensibilidad.

Mi sensibilidad, mi conciencia.

La conciencia recibe al mundo (informe) dándole forma con las imágenes que genera (haciéndolo mundo) y me construye al mismo tiempo como referencia interna de este cuerpo que habita y constituye en la percepción también al mismo tiempo.

(configurándome como un elemento esencial de su campo).

Podríamos distinguir tres “grados” o profundidades:

- 1) vivo el mundo, se me aparece como otra cosa que mi mismo;
- 2) me doy cuenta de que vivo el mundo y aparezco yo como sensación de referencia de esta unidad psicofísica que vive (en) el mundo;
- 3) me doy cuenta de que me doy cuenta, y aparece la conciencia en su propio campo del único modo que puede hacerlo: sentida como de costado, vista como por el rabillo del ojo, pura sensación cenestésica del atender.

Y todas son, claro está que yo no puedo percibirlo.

Dejo ahora la mirada desde mí y vuelvo a lo teórico, a lo abstracto. Todas esas cosas que vivo (porque yo me vivo, también) son imágenes, son configuraciones de impulsos internos que codifican mi energía. Y esas imágenes son un conjunto de las que las más extendidas son las internas. El mundo sucede, aún cuando parezca ocupar todo mi campo perceptual, dentro del marco de mi sensibilidad, de ese conjunto de imágenes que lo representa, que representa lo que me provoca (representaciones, sensaciones, climas y sensaciones de él). En otros términos, dentro del marco del espacio de representación.

Desde este punto de vista, el espacio de representación es mi sensibilidad, considerando la actividad básica de la conciencia, el registro.

Y es mi sensibilidad la que sostiene al mundo, la que es sub-stante, sustancia.

Es nuestra sensibilidad la que nos pone las cosas ahí, delante nuestro.

Y no sólo tenemos la cosa ahí delante, estimulando sensaciones y así, tomando y reteniendo nuestro ser. También se replica en nosotros, contamos con su representación para guiar y producir nuestra respuesta.

Pero esta representación perdura y configura todo un mundo de representación que solemos llamar nuestro “mundo interno”.

Y es mundo a tal punto que, con el correr de los años, se constituye en nuestra casa. Y, según sea el emplazamiento de cada yo, podrá llegar a sustituir al mundo externo, el “real”, como referencia.

En casos de distorsión grave, el mundo externo puede llegar a verse desplazado por el interno. En la otra punta del ensimismamiento están los alterados, tan

incorporados al mundo, pero también se guían por sus gustos, sus valores, sus creencias... que estructura su mundo interno al estructurar su mirada.

De modo que lo real parecería ser tal porque me modifica: a igualdad de estímulos como los que me puede brindar la percepción, lo real aporta la sensación de actividad de mis sentidos, la referencia de que algo me está pasando ahora.

Como la referencia lo es de mi actividad, es la presencia de mí lo que diferencia lo real de un fenómeno imaginado, cosa que no tiene mayor relevancia en el caso de la percepción externa. Es más, en el caso de la alucinación podríamos ser engañados. Pero sí tiene relevancia en el caso de la percepción de lo interno, donde la fascinación de lo representado puede desplazar fácilmente lo real: el registro de presencia de mi como punto de mira.

De modo que, con independencia de cuán perceptible sea para cada uno, vivimos desde esa dimensión imaginaria.

Tomando como referencia lo concreto, podemos decir que real es lo que compromete nuestra sensibilidad, lo que tiene tal intensidad como estímulo que activa nuestros sentidos.

Pues bien, hay que reconocer que no son pocas las veces que reaccionamos frente a representaciones que nos mueven tanto como la realidad. Y, si profundizamos la observación, podremos reconocer que, salvo las sorpresas y las impresiones sensoriales del mundo concreto, nuestras sensaciones ante el paisaje humano son bastante parecidas unas a otras en distintas situaciones del mismo tipo.

Esto es, cada tipo o franja de situación se corresponde con un tipo o franja de sentido, una gama de sensaciones que configuran y tiñen la situación externa. Cambian los personajes pero el sentido, con alguna variación mínima, permanece constante. A cada tipo de situación le corresponde una estructura de sentido. Aún en una situación que se supone tiene una fuerte determinación de base material como es la pareja, cambian los personajes pero la base de sentido permanece constante aunque tenga variaciones.

A medida que pasa la vida y las rutinas situacionales se fijan, se vive más en el "propio mundo" que en la realidad. El cuerpo va quedando sin estimulación real y la imaginaria se vuelve una rutina tal que hasta las articulaciones de los miembros de van fijando. La persona queda apresada en una estructura de sentido, cada vez más aislada: el miedo que produce lo nuevo va generando un rechazo hacia lo no rutinario y la inercia va encorsetando la vitalidad y desdibujando la realidad.

Lo que representamos de las cosas no sólo porta la materia de sentidos externos que las configuran como objeto para la conciencia. También llevan asociadas las sensaciones que nos provocan y los códigos de respuesta, y las sensaciones de las respuestas.

Esto es, la representación de la cosa incide en mi sensibilidad tanto como haya vivido de la cosa. Si bien no puede sustituir la realidad de ella, puede hacerme funcionar tanto como ella puede.

La referencia de dónde pasa todo eso: yo. Cada cosa me compromete y me constituye. Me trae lo que de mí conozco porque está en el trasfondo, me conforma y me expande con nuevas sensaciones que se sumarán al repertorio de "mí mismo".

Según donde me emplace tendré la sensación de que todo pasa sin mí o de que nada pasa sin mí, sin poder actualizar la sensación de que fluyo con el mundo y el mundo a través mío.

Situaciones

Visto desde la óptica individual puede sonar a simple mecánica psicológica de la que no podemos tener registro. Pasa desapercibida.

Pero es más complejo: no somos cada uno por su lado sino que convivimos. Y ese convivir transcurre en situaciones. En distintas situaciones.

Por definición existencial el ser humano es en situación (el Da Sein heideggeriano, la circunstancia de Ortega y Gasset). Pero no estamos en situación sino que somos las situaciones que vivimos. Tanto porque nos vivimos como parte de las situaciones como porque nos identificamos con los roles, somos situaciones. Y no una sino varias.

Las situaciones que vivimos las somos en nuestro mundo interno. Ellas perviven más allá de lo que duran en el mundo externo. Vuelven una y otra vez, ya sea como anticipación o recuerdo.

Transcurren a través nuestro en nuestro mundo interno.

Por imperio del criterio de realidad se suele decir que nuestra vida está determinada por la realidad.

Podemos ver que esa "realidad" es, cuando menos, ambigua. La tomamos en cuenta para poner en ella y guiar nuestro cuerpo y sus necesidades. Pero es la representación interna de la situación la que me orienta y determina en definitiva. Porque la situación real lo es porque impacta mi sensibilidad y da referencia de mí, confirma mi existencia, siento que estoy en el mundo y que él manda. Cuando, en realidad, la situación que vivo tiene una historia, ya es en mí (porque fue) antes de ahora y, si es nueva, entra en el campo actuante de mi biografía. En todo caso, la situación engarza en un sentido preexistente al que puede enriquecer o modificar, pero por anterior es autónomo respecto de ella.

Creo vivir en el mundo pero vivo en la creencia, habito las creencias que tengo de él.

Y esto lo expresamos con frecuencia con la expresión "está en su mundo".

Mundo, entonces, no es el que es sino el que *creo* que es.
No es el mundo el que me condiciona sino mis creencias.
No son mis congéneres con sus cuerpos quienes me determinan sino las representaciones de ellos que habitan en mi mundo interno.

Veamos ¿qué tengo en mi cabeza? ¿Qué pensamientos cruzan mi mente como las nubes el cielo en una tarde soleada? ¿En qué estoy pensando? aún cuando no le preste atención y esté haciendo algo o mirando el vacío.

De este “vagabundeo” de los pensamientos a verme enzarzado en una situación que sólo estoy imaginando, no hay más que una diferencia de carga (en la situación) o de emplazamiento (de las imágenes: basta que se sitúen más próximas al campo de presencia).

Cuando una situación (algo que pasó o está por pasar) me pre-ocupa, me ocupa con su representación, con lo que de ella pasa en mí fuero interno. Y yo la estoy viviendo. Siento lo que podría sentir en la realidad, y más, podrían llegar a ser mis sensaciones más intensas que en la realidad.

Yo

Veamos con más detenimiento la “constitución del objeto”.

1. Es situacional. El objeto no aparece solo sino con su contexto situacional, en una estructura perceptual de la que forma parte;
2. mi estado interno, en el que puedo discriminar:
3. las sensaciones que suscita el objeto,
4. la disposición a responder, y se suma
5. mi respuesta, si la doy, más
6. la retroalimentación de mi respuesta, y
7. SIEMPRE, y en cada momento se da el circuito de realimentación que da referencia de:
 1. que ante mí aparece el objeto,
 2. lo que siento en ese momento, tanto lo que estaba sintiendo (mi inercia interna de una situación anterior, por caso) como
 3. lo que siento por el objeto y
 4. mi actitud hacia él, qué hago en relación a él.
 5. que siento con todo eso.

De modo que, en esa estructura, no sólo se constituye el objeto en mi conciencia (mi conciencia configura el objeto) sino que me constituyo simultáneamente con y relacionado con él.

El objeto y yo formamos parte de una misma estructura: la situación. Sólo que por mi peculiar emplazamiento corporal, separado; porque tengo una historia diferenciada del objeto; porque cambio mientras el objeto permanece fijo; me siento otro ser que no es el objeto, aunque en muchas situaciones siento que “me pierdo” en el objeto, en la situación.

Ahora bien, dado mi estado interno habitual, esto de que “me siento otro” no es tan así, porque suelo estar prendido de mis situaciones mentales.

Más bien, resulta que se me da (me pienso) siendo otro ser distinto que el objeto. Pero mi estar sintiendo objetos como estado constante de ser, me deja en la dificultad de sentirme otro, de tanto ser con los objetos de instante en instante, de tanto cargar objetos en mi cabeza.

De modo que si quiero saber dónde estoy, lo más seguro será mirar afuera del cuerpo y relevar dónde está. Luego, por contraste, relevar la situación mental que está transcurriendo.

Así como mi cuerpo está siempre “de este lado”, en este extremo de la relación perceptual, en este “acá”, me puedo ubicar internamente en un “acá” no tan preciso como el corporal. A veces me encuentro en un emplazamiento muy cercano al objeto, casi como pegado a él pero difuso. Como si hubiera perdido distancia. Otras veces, puedo hallarme más acá, como hacia el centro de la cabeza, pero dependerá de la nitidez del registro del límite del cuerpo. Si éste no es claro, podré perderme con facilidad, proyectado hacia el límite de mi campo de conciencia.

Pero, rastreando con mi atención, puedo encontrarme, ir precisando el registro del punto de mira.

Para eso es útil el objeto, como la Cruz del Sur estará siempre señalando, hacia mí, hacia aquí.

Para encontrarme, entonces, tengo que buscar por la otra punta: mirar lo evidente (el objeto) y ya el movimiento atencional hacia él empezará a dar registro de mi posición, del desde dónde atiendo.

Pero no es esto lo habitual: suelo estar manejando el mundo, ya sea desde él o desde mi cabeza. Y eso implica tener la atención tomada por el hacer. O sea, metido en la situación, perdido de mí. Funcionando. Una pieza más en el juego de situación.

¿Cómo es eso? ¿Qué ganancia hay en la ausencia y olvido de mí?

Voy construyendo mi mundo de acuerdo a mis necesidades. No sólo las del cuerpo, que dependen del mundo. Yo necesito cierto equilibrio. Mejor dicho, mi estructura psicofísica busca el equilibrio, busca equilibrar el medio interno, compensar una carencia. Puede encontrar en el mundo el objeto que se adecue a esa necesidad o no, pero siempre será el fantasma, la representación de lo querido lo que actúe la compensación, sea que envuelva el objeto o lo prometa desde la imaginación, que es un modo de tenerlo. Quizás el más difícil de descubrir y el más eficaz como compensación.

Y aquí sí, la importancia del objeto.

Cuando un drama personal pivotea sobre un objeto, no sobre una situación, cuando una persona se cierra sobre un objeto cerrándose a otras posibilidades, está dando una señal clara de compensación biográfica. Al cifrar su vida en un objeto, se fija a sí misma en un rol, en un clima, en un sistema de tensiones. De alguna manera es como si detuviera la dinámica constante del vivir, como si fijara

la dinámica del sistema de ideación, congelándola en una estructura ideativa fijada, cuando podrían fluir imágenes, estados de ánimo y tonos musculares adecuados a la situación, lo que sentimos como el fluir de la vida.

Soltar el objeto, la imagen deseada, es abrirse a la situación presente con sus posibilidades, es abrirse al futuro que puede desarrollarse a partir de ella, por caminos impensados.

YO/MUNDO

Si quiero conocerme no puedo dejar de referirme al mundo. Y el mundo es mi biografía.

Mi mundo y yo somos una unidad: solo puedo conocerme en él y solo puede realizarse a través de mí.

Pero esa estructura... no soy yo.

Los mundos derivados

Por una inercia del clasicismo, tomamos primariamente como mundo a la Naturaleza y a nuestros productos concretos: he ahí la Realidad por antonomasia. Nada como lo concreto para impresionar nuestros sentidos y no abrigamos dudas de que esos objetos son.

La esfera de lo perceptual, de lo que está inmediatamente en contacto con uno, es el modelo de realidad.

En base a ella se generan las representaciones. Es más, aún representado, todo lo que porte materia perceptual, ya sea imaginado o recordado, estará referido a la realidad y quedará adscripto a su esfera. Sólo el disloque de las categorías objetales que puede producir el ensueño o la fantasía será tomado como una esfera aparte, la de lo onírico.

Si estamos en una situación ensoñando con la más remota de sus posibilidades, no sentiremos que estamos faltando contra el criterio de realidad, no nos sentiremos evadiéndonos. Pero si lo ensoñado se divorcia de los parámetros mínimos que permiten asociarlo a la realidad, pasaremos a "soñar despiertos". De modo que nuestros ensueños no los tomaremos por reales, si no es por su contenido.

No tomamos en cuenta la impresión sensorial que un ensueño puede causar y que sólo ella alcanza para otorgarle realidad.

De modo que mundo será, en principio, el mundo externo, ése que se reconoce – cuando representado- por la concordancia con lo que presentan mis sentidos: esto que tengo adentro es como lo que percibo afuera. Y lo que no sea mundo será irreal, fantástico, onírico. No será digno de tener en cuenta.

Pensar será todo lo que se relacione con la realidad. El resto será fantasear, material de descarte.

Pero no todo lo que se presente internamente será réplica de la percepción.

Fantasmas

Las representaciones de los otros no son meras imágenes. Con frecuencia cobran vida en uno. No sólo recuerdo los momentos vividos, también anticipo los que voy a vivir. Y esto no quiere decir que, necesariamente, sean los que uno quiere vivir. No. Por lo general uno desarrolla (y vive) argumentos situacionales que responden a su lógica, a lo que la situación impone (en realidad: propone pero como aceptamos el "imperio de la realidad", se impone).

El modo como vivo internamente las situaciones reales es según su lógica argumental, la de la situación y por tanto, no siento que sea yo el autor de esas situaciones. Entonces, me siento un juguete en las manos de un destino que me es ajeno. Es el mundo el que "me hace", en lugar de ser yo quien hace el mundo. Como dijo Mafalda, siento que la vida me lleva por delante en lugar de llevar adelante mi vida.

Esas situaciones que el mundo me plantea tienen su lugar interno en mí. Son en algún espacio de mi mundo interno. Desde ellas vengo y hacia ellas voy. Siempre están ahí. Y me acompañan a todos lados.

Lo curioso del mundo es que siempre puedo encontrarlo con independencia de dónde se encuentra mi cuerpo.

Por fortuna el mundo externo suele ser tan fuerte con su estimulación que me tiene casi todo el tiempo con él. Pero, aún así, por lo general, me tiene desde adentro, no desde la intensidad del estímulo. Me atrapa con sus significados, con las estructuras ideativas que actúan en mí.

Estas estructuras ideativas cuando funcionan, son verdaderas matrices de sentido. Y pueden llegar a ser tan poderosas que opacan el sentido del mundo, imponiendo el propio en un funcionamiento paralelo a la percepción. Es esa una situación interna que expresamos como "estar en otro lado", "tener la cabeza en otra parte" o "irse" de la situación.

El sistema de ideación es la dinámica integrada de imágenes, tensiones y climas; de la cabeza y el cuerpo. Esa dinámica se desarrolla todo el tiempo, de modo constante.

Las estructuras ideativas son los "programas" si se quiere, en un sentido figurado. Son contenidos precisos de las imágenes asociados a climas determinados (como la tristeza o la alegría, la angustia o el entusiasmo, etc.) y a tensiones.

El sistema de ideación funciona con estructuras ideativas biográficamente configuradas.

Estas estructuras se suceden en la dinámica del sistema de ideación, movilizándolo. Por ejemplo, tengo asociada la figura de mi jefe con un clima de opresión y tensiones en los hombros y el pecho; pero en el momento que me comunica un aumento de sueldo, me pongo eufórico y siento que se me suelta el pecho, porque la imagen de tener dinero me abre otras posibilidades.

El sistema de ideación es el que modula mi estado interno pero puedo modificarlo, actuando sobre alguno de sus elementos: la imagen, el clima o la tensión.

Quiere decir que puedo modificar mi estado interno de modo deliberado ni bien advierto que no me conviene. Pero es difícil que me decida a hacerlo porque “soy así”, “el mundo me pone así”, “es consecuencia de la situación que estoy viviendo; si cambiara, cambio”.

Me vivo como adscripto al mundo, como reflejo, como dependiente (por ser producto) de la realidad, en lugar de sentir que *la genero*.

Mi felicidad depende de alguna situación a la que atribuyo la potencia de hacerme sentir bien. Si no se da en la realidad, no puedo sentirme bien. Tiene que darse esa situación para que sea posible estar bien.

Si yo provoco mi cambio de estado interno creo que es algo imaginado y transitorio porque la realidad sufriente está allí y no consigo librarme de ella. Por consiguiente, sigo con mi estado interno a cuestas.

Pero puedo cambiarlo. Del mismo modo que la realidad me cambia, yo puedo modificar mi estado interno modificando los factores que lo sostienen. Sólo tengo que decidirme. Pero para decidirme tengo que creer. Y creer es una estructura ideativa.

Toda estructura ideativa puede ser modificada o lo que es lo mismo, puedo liberarme de toda estructura ideativa si me decido a actuar sobre el sistema de ideación. Porque no puedo actuar sobre la estructura sin que “funcione”, además, sólo enfocar la imagen produce la asociación del estado corporal y anímico, y lo mismo con los otros factores: si evoco el clima, vienen asociados el contenido respectivo y las tensiones; y si siento las tensiones, asocian el contenido y el clima. De modo que mi estado de ánimo es un indicador adecuado del estado profundo de mi proceso. Si mis estados de ánimo son negativos, no es buena señal, y si son neutros, hay que sospechar. La alegría es mi mejor referencia.

En lo que hace a las “ideas de felicidad” ¿éstas lo son porque me proponen la situación que me haría feliz, o la imagen de mí mismo que me daría felicidad?

Puede que alguien pregunte cuál sería la diferencia. Cuando yo pienso en eso que me haría feliz ¿me veo en la escena haciendo eso o me vivo -no me veo- la situación como si estuviera transcurriendo en presente? Y, si esto último ¿no estoy de algún modo emplazado como por detrás de mi sensación? palmeándome el hombro y felicitándome, o una voz interna me dice “pero qué bien que lo hiciste”. La pregunta que engloba a todas sería: ¿gozo las situaciones que vivo o me gozo gozándolas?

Esto es ¿es la situación lo que me hace gozar o la imagen de mí estando/viviendo/ teniendo/logrando/alcanzando esa situación?

Y si fuera esto último ¿me mueve la imagen de conseguir/lograr algo o la imagen de mí que resultaría por lograrlo?

Vamos a algo más elemental pero más difícil de registrar, porque el caso de la felicidad, en tanto futurición, no debe ser distinto a cualquier caso de futurición. El mecanismo tendría que ser el mismo.

Veamos: cierro mi día de trabajo. Hay cosas que me quedaron pendientes. Las repaso, las recojo y las “pongo” en el día de mañana. Puede que ellas tengan un horario o no. Si lo tienen, se emplazarán en el horario que les corresponde, si puedo hacer algo solo de mañana, no me veré haciéndolo de tarde.

Cuando pienso en hacerlo ¿se me presenta sólo el “título” como si fuera un anuncio escrito o aparecen las imágenes propias de la situación? Y si es esto último ¿estoy viviendo la situación o se aparecen imágenes de mí haciéndolo? ¿Hay alguna imagen –aunque desteñida o transparente- de mí, lanzada al futuro? Si la hubiera ¿no es como una forma vacía que me convoca hacia el futuro, que me llama desde ese momento? aún cuando no lo tenga precisado.

Si me fijo con cierta atención y detenimiento, corriendo los velos umbrosos de mi mundo interno ¿encuentro imágenes de mí? del que imagino seré a futuro.

Acá tendríamos que ver distintos grados de profundidad, otra vez.

Volvemos para atrás:

Yo “quiero” el objeto (esto no implica deliberación sino la fuerza del estar lanzado hacia el objeto, aunque sea en el modo de sentirse empujado, arrastrado o atraído hacia el objeto o como le acomode a uno llamar la sensación de que algo es producido por una fuerza ajena a mi voluntad).

Quiero el objeto porque me estimula. Poco importa que mi sentimiento sea positivo o negativo. Basta la voracidad. Porque uno puede devorar para incorporar tanto como para hacer desaparecer.

El objeto, entonces, aún cuando esté afuera, es un complejo de sensaciones que vivo. Desde el punto de vista de la conciencia, es una estructura de registro. Tanto lo perceptual externo (que habitualmente llamo la cosa) como lo interno (lo que siento de y por el objeto) son una y la misma estructura de registro.

Lo perceptual externo (la cosa) aparece referido al afuera del cuerpo; lo interno, al adentro. Tenemos los polos objetal y subjetivo. Y en éste tenemos las sensaciones que, aún cuando estén referidas al objeto externo sé que son mías. Porque cada sensación tiene una señal distintiva de su origen: yo.

Todas las sensaciones, aún las externas, se originan en mí. Siempre que reconozco un objeto como conocido, es porque viene asociado un código de sensación que para mí es pasado, aún cuando se esté dando en una estructura de registro presente.

Y este código de sensación me incluye. También porta imágenes de mí: cómo me ví con el objeto y la sensación de mí con él. Ambas imágenes –visual y cenestésica- aparecen asociadas pero admiten distintos grados de separación según nivel de trabajo y atención.

De modo que cuando pienso un objeto (aún estando este presente en mi campo perceptual) también “me” pienso. Y emito toda clase de juicios sobre mi situación, que probablemente no me de cuenta de que lo hago. O que, por tan constante que

es el juzgar, por darse instante tras instante, se convierten en un ruido de fondo que, por monótono, no es percibido.

Siendo así, indudablemente pienso muchos objetos durante el día. Y distintos. Pero en todos los casos me estoy pensando, con lo que soy un objeto constante para mi percepción y en mi pensamiento. Sólo que no advertido, por constante.

Pensar mis cosas, entonces, es pensarme.

Y mis cosas se presentan ahí afuera pero quedan incorporadas a mi mundo interno mediante la representación. Y ahí, no sólo sigue "su vida" sino que también la hacen, independizándose de la realidad.

De modo que las cosas, en especial las "mías", no sólo tienen un lugar afuera de mi cuerpo sino que también lo tienen adentro.

En especial, este adentro es el espacio de representación, el campo de mi conciencia, el ámbito donde ubico mis sensaciones cuando el adentro de mi cuerpo cobra cierto volumen o cierro mis ojos y bajo de nivel de trabajo. Cuando menos, cuando relajo mi vigilia.

Y este espacio interno es mi campo sensible. En él se ubican las cosas no sólo en representación sino en sensación. Más precisamente, las imágenes que configuran las cosas portan materia de todos los sentidos, externos e internos. No sólo aparecen los contenidos con su materia perceptual externa sino que siento la representación, tengo el registro cenestésico de su emplazamiento: por eso puedo decir que está arriba o abajo o delante o detrás, más profundo o más periférico, aún sin verlo. O que está afuera o adentro del cuerpo. Y siento, además, lo que siento por la cosa que está ahí, imaginada.

De las cosas internas y del mismo espacio de representación tengo registro por sentido interno. Y ese registro interno no está separado sino que es un continuo sensible en el que destacan las cosas al emplazarse, al configurarse internamente.

El espacio de representación tiene volumen. Y ese volumen no lo percibo porque sea un vacío de materia entre límites determinados, como podría ser el caso de la sensación del interior del cuerpo.

El volumen del espacio de representación lo percibo por el volumen que siento en las cosas que se emplazan en él, entre límites indeterminados. Por eso, además, varía (en principio según el nivel de trabajo).

De los límites internos tengo un vago registro, además, variable. Pero tengo registro, aún difuso, de esos límites. Y lo tengo porque registro la extensión del espacio de representación. Y si la percibo es porque tengo señal y la señal sólo proviene de estímulos. En este caso, internos y difusos. Pero hay señal y me da cuenta de una extensión.

Claro está que esa señal guarda con el nivel de trabajo la misma relación directa que todo fenómeno interno: se desvanece en vigilia y se hace más perceptible hacia el semisueño. Pero, lo registre o no, ahí está. ¿Está? ¿Desaparece en vigilia? Al menos, no tengo registro.

Volvamos para atrás. Si pensar las cosas es pensarme, es porque las incorpora el sistema de ideación que, desde otro punto de vista, soy. Ese sistema de ideación

es, desde este punto de vista, el espacio de representación en dinámica. Porque en el espacio de representación está todo: mis representaciones del mundo, de mí y de mi cuerpo. Y de mi cuerpo por dentro y por fuera.

Y todo eso es materia imaginaria o sensible. Y esa materia imaginaria/sensible me constituye, es lo que soy, lo que cada uno es. Lo imaginario/sensible, en tanto representante, como imagen pura, sin contenido, es universal. Está en todo. Es lo representado o, más bien, la estructura de la representación, la mirada, lo que tenemos de singular.

De modo que siempre que siento el mundo, aún cuando lo piense como ahí, afuera del cuerpo, separado de mí, estoy yo ahí, porque es mi materia la que lo está configurando.

Cuando pienso con los ojos abiertos puedo registrar una tendencia a la pérdida de la sensación del límite del cuerpo. En especial, en la cara y la cabeza. Y se da como una "vasocomunicancia" entre lo exterior pensado y el pensamiento. Puedo sentir como una masa de pensamiento que "secreta" hacia delante, que se llena con lo pensado. Y, aunque haya otras cosas en mis pensamientos, aunque otro sea mi objeto de ocupación, estoy ahí, me siento ahí. Aunque no me vea. Pero puede darse que, intermitentemente, tenga imágenes de mi situación, como tomadas por una cámara externa.

Y puede suceder que, aún haciendo algo, esté en esa situación. De modo que no es descabellado afirmar que el mundo soy yo. Es que esa sensación cenestésica que todo lo envuelve es mi código distintivo. Y por eso, a la inversa, no es tan extraño que, a mi vez, me pierda en el mundo, me identifique con las cosas. Si ellas están hechas de mí, son mi sensibilidad.

De modo que, cuando mi pensamiento avanza sobre la realidad, preparando lo que se viene, anticipando el futuro, está preparando el cauce por el que voy a fluir en los momentos posteriores.

Aún cuando tenga ausencia o indefinición o confusión respecto al futuro, mi pensamiento futuriza. A cada momento, lo que estoy viviendo queda retenido como pasado al tiempo que es protendido, lanzado hacia delante como expectativa, como trazadora, como matriz de lo porvenir.

Retenido el presente, si no hay deliberación, es puesto o mantenido en el futuro. Y así va traccionando la conciencia su devenir, de un modo mecánico. Por el mecanismo universal de la inercia, la simple retención del pasado convierte al presente (ya pasado) en porvenir.

Y a cada momento, por realimentación cuando menos, tengo imágenes de mí, que también son retenidas y puestas a futuro. De modo que por la permanencia de la imagen de mí (con sus variaciones circunstanciales), se podría decir que es la previsión de lo que me sucederá, la proyección a futuro de mi propia imagen aún cuando difusa por cenestésica, la que tiene aptitud para trazar mi camino y orientar mi conducta.

Mi registro cenestésico es siempre presente. Pero lo puedo emplazar en el futuro asociado a algún otro elemento sensible que, por lo general, es visual. Por tanto,

cuando quiero algo a futuro de modo espontáneo, me estoy viendo de alguna manera en esa situación y orientando mi conducta porque mi cuerpo responde a esos códigos de sensación cenestésica.

Mi imagen visual allí y mi imagen cenestésica aquí “tienden a unirse”. Se atraen porque están no sólo asociadas, sino que son dos aspectos de la misma cosa: la imagen de mí. La imagen del conjunto de circunstancias que de mí viví y las que estoy viviendo que, también, habilitan (o limitan) mis posibilidades perceptuales y, por ende, de pensamiento.

La separación es un mito necesario. Mi cuerpo está aquí y allí afuera están las cosas. Y mi cuerpo está separado porque mi cuerpo es como las cosas. Para las cosas. Gracias a que es así puedo operar en el mundo.

Para poder operar, mi cuerpo necesita las cosas separadas. Y operar con cosas separadas necesita el espacio, la distancia. Y mi punto de vista separado, en consecuencia. Y un punto de mira concentrado.

La operación necesita de la tensión entre el punto de apoyo y el punto de aplicación. Si no, la energía no puede circular, la operación no se puede cumplir, el cuerpo no se puede mover. Si todo estuviera en el cuerpo (como está, en mi “cuerpo sensible”), éste no se movería. Pero las cosas están ahí, es necesario que las cosas estén separadas para que mi cuerpo pueda tener lo que necesita, para que pueda agarrar.

Eso es, en términos normales, nuestra vida. Eso es nuestra vigilia. La que configura el mundo y con sus pautas perceptuales coloniza nuestra representación.

Claro, es una cuestión de supervivencia. Si uno tuviera que vérselas con una fiera desde la identificación, tendría un problema. Es más, en el ejemplo del que se queda paralizado por el miedo frente a un tigre, sucede eso: hay pérdida de la distancia, la separación desaparece por el bloqueo del límite táctil externo del cuerpo por obra del climazo.

De modo que la separación es eficaz en vigilia cuando necesito operar con las cosas. En el espacio.

Pero nuestra vida no transcurre en el espacio sino en el tiempo, de modo que ese punto de mira que nos resulta útil en esa circunstancia, deja de serlo en otras situaciones internas.

Así como para saber dónde estoy la mejor referencia es la cosa, también es la cosa la que determina el punto de mira concentrado.

Pero puede variar. Por caso, si imagino una esfera fuera del cuerpo, de modo correlativo mi punto de mira estará concentrado y en mi cuerpo.

Pero si la imagino dentro del cuerpo puedo verla desde todos los ángulos, desde todas las perspectivas o puntos de mira posibles y en simultáneo.

Y, del mismo modo, si me emplazo en el centro de la esfera, si el punto de mira coincide con su centro, puedo “ver” en todas las direcciones al mismo tiempo.

En estas últimas configuraciones del punto de mira los fantasmas se diluyen. Un mirar no focalizado, el mirar desde, debilita al objeto. Es como que el objeto existe

porque hay un sujeto, un "uno" que lo ve. Un "uno", además, que le presta su sensibilidad para que exista, porque el objeto anida en la sensibilidad del sujeto.

El objeto está presente en "ausencia" del observador, porque si éste siente su propia presencia, si el observador se siente presente a sí mismo, debilita la sensación del objeto, le quita "carga". La sensación cenestésica se concentra en el sujeto, lo convierte en sensación de sí y la quita "materia" cenestésica al objeto, reduciéndolo a materia de sentidos externos, vaciándolo. Sin la sensación cenestésica que porta el código de activación de nuestra respuesta, el objeto pierde sentido, su eficacia fascinante.

De modo que *es nuestro sentido lo que anima al mundo*. Es nuestra vida la que da sentido al mundo, esto es, el poder de influir en nosotros, de determinar nuestra conducta.

La matriz de futuro

Una estructura ideativa es una estructura de actitud y respuesta ante una situación (planteada en imagen) determinada. Cuando la realidad coincide con la representación, ésta se "activa", se emplaza en presencia disparando los estados de ánimo y las tensiones asociadas.

Pero las representaciones pasan, además, por procesos valorativos (más bien, forman parte de ellos). Hay situaciones más o menos valiosas para nuestro medio de pertenencia que, más o menos, coinciden con las valoraciones de nuestra familia de origen. Y no es casual. Los valores resultan de estructuras ideativas. Son la síntesis del proceso de ideación: eso que "está en pantalla", la imagen o representación de la situación, de la que digo que me gusta o no, la rechazo o no, la valoro o no.

Podrá tener distintos matices el valor, pero se reduce a la aceptación o el rechazo. Es mi síntesis emotiva de la situación, con elaboraciones intelectuales.

"Heredo" los valores y, con ellos, las estructuras ideativas que moldean mi dinámica. En eso consiste la "socialización", nuestro aprendizaje de vida. Nuestra conducta (gestos, posturas, tonos expresivos, modos de pensar) se moldea de esta manera.

Y los valores aprendidos son una síntesis de la experiencia social que podrá o no ser revisada, verificada, puesta a prueba en la experiencia. Uno podrá o no transgredir los límites de experiencia que marcan los valores heredados (los mandatos familiares) y de eso resultará la mayor o menor realización, el grado de autenticidad, la plenitud de nuestras vivencias, el goce vital.

Éste es la génesis de la moral en uno.

Volviendo al punto. Cada situación tiene su sentido, su disposición corporal asociada, su teñido peculiar (resultante del estado interno). Pero, además, tiene su valoración. No necesariamente valor y sentido corren juntos.

Además, así como hay valores heredados, hay sentidos derivados de esos valores, que no son originarios, sea porque tuvieron un origen espontáneo en uno o

porque uno los confrontó con la experiencia, haciéndolos propios, verificándolos, de donde tendrán un matiz personal.

Los sentidos derivados son los que resultan de la inducción de estados internos y disposiciones corporales que se dan por asociación con lo representado, pero que vienen ya codificadas como es el caso de “caca fea”, “qué rica la papita” (sin importar el gusto), “el pitito (o la colita de adelante) no se toca”, etc. Estos son ejemplos que traigo a propósito porque son normalmente rebasados por la experiencia (excepción hecha de los genitales). Están montados en necesidades corporales que devienen imperativos de trasgresión del límite impuesto, pero hay otros caso que no están montados sobre la dinámica corporal sino que anclan en los estados de ánimo, como es el caso de “portáte bien o llamo a la policía”, “los policías son buenos”, por mencionar casos que hoy resultan un contrasentido manifiesto. Más paradigmático resulta la glorificación de la milicia que lo es de la violencia uniformada y que, en definitiva, deriva en la consagración de la violencia en general. Es la conducta de los modelos propuestos como Padres de la Patria.

De modo que las representaciones que me orientan hacia el futuro tienen todo un proceso de acomodación mediante juicios de valor. Así, resultará que en una situación sea “bien visto” o no. Etiqueta con la que podríamos resumir la mirada social de la que espero aceptación. Y será esto lo que guíe mi elección de futuro. Y me hará mirarme ante, durante y después de la situación (este no es un juicio absoluto porque deriva de mi experiencia, de modo que cada cual verá cómo se da en sí), resultando algunas veces en una suerte de bloqueo de sentido. Tendré que esperar a que pase la situación y me relaje para ver si recupero (y me entero) de qué sentí.

De modo que en mi caso, con frecuencia la elección de situación pasa por una mirada externa, un mirarme desde afuera para ver cómo voy a quedar yo, cómo me va a quedar la situación y, quizás, como de rebote, tendré un atisbo de sentido, podré anticipar algo de lo que me puede hacer sentir la situación. No muy claro y siempre distorsionado por el hecho de que no estoy viviendo la situación anticipada, sino viendo si se acomoda a juicios previos de adecuación a la mirada social.

Es como preguntarse “¿a papá (o mamá) le gustaría esto?”, por usar una alegoría que puede tener cierto eco biográfico.

Y cuando llega la situación, puede suceder que uno siente (a menos que padezca de un bloqueo como los que suelen aquejarme) y entre en contradicción. Podré someterme al mandato previo y doblegar mi sensibilidad, o podré violar el mandato y dejar que se exprese, o podré distorsionar mi expresión tratando de lograr una fórmula de composición entre mandato y sensibilidad que me dejará un gusto a híbrido amargo o a nada. Cualquiera de las alternativas estará condicionada biográficamente. Pero siempre puedo ejercer mi libertad.

Puedo elegir ser un fantasma entre fantasmas o exponer mi sensibilidad, sentir y decidir desde el registro. Y así, empezar a tomar muestras para poder empezar a elegir de otra manera.

El modo en que piense mis situaciones a futuro ya está determinando cómo las voy a vivir. De modo que la decisión de vivir mi vida de manera más o menos plenaria, sólo depende de mí.

El problema del acceso a lo Sagrado

Si TODO soy yo en la medida en que todo se constituye en mí conciencia, resulta fácil entender las dificultades que se ha tenido en acceder a Aquello que, por definición, me trasciende.

Si no es fácil comprender lo expuesto (y desde ya soy el primero en recomendar que sea puesto en cuestión y verificarlo en la experiencia), se pueden atisbar las razones por las que la experiencia trascendental es un tremendo esfuerzo que pocas veces ha resultado, históricamente.

Incluso, se puede entender cómo el ascetismo más riguroso se ve malogrado.

Es que SIEMPRE estoy yo. Si no es para interferir es para asimilar lo Otro y convertirlo en un objeto más, en un nuevo estímulo sensorial que “me gusta”. Algo más para mi colección de objetos sensibles.

Tal parece que no hay acceso a lo Sagrado, duradero quiero decir, si lo Sagrado no *me accede*, si mi intención no es tomada por la Intención, si no vive en mí Otro que yo.

El yo es un mecanismo estabilizador y dador de continuidad. Es un mecanismo de conservación del sistema de ideación, una estructura ideativa permanente que se alimenta del cambio constante en la dinámica de conciencia.

Por esa constancia, es el fondo de sentido que a cada instante todo tiene para mí. Si eso es así, como estructura dadora de sentido necesita una fuerza que la sobrepase, un sentido que diluya el propio y lo absorba en sí. Si la presencia del objeto es velozmente transitoria, y sabemos que las señales de lo Sagrado son muy fugaces porque se alejan de todo intento posesivo, no cabe otra cosa que despejar el campo a cada instante, mantener limpia la mirada para que el yo, subsumido por la actividad de “yo” -la sensación de la propia presencia-, pueda desaparecer en algún instante, al cruzar el umbral.

Mundos derivados

Vimos antes que el mundo por antonomasia es el material concreto, el que incide sobre nuestros sentidos externos.

Sin embargo, nuestro mundo, el que habitamos los humanos y recibimos, reproducimos y multiplicamos a cada instante, no es concreto.

Los humanos hemos construido un mundo mediatizando lo concreto. Si lo concreto humano es el cuerpo, lo hemos reservado, mediatizado, mediante la limitación del contacto corporal. Esto, en primer término.

Por otro lado, no nos movemos por necesidades materiales sino por pautas culturales. Por caso, si tengo hambre y paso por una frutería, no echo mano de lo que me interesa sino que espero a llegar a casa; si tengo una "necesidad fisiológica" busco un baño (costumbre que se está perdiendo); y así siguiendo: cruzo o no una calle según lo que una luz me "diga"; unos trazos de tinta en un papel pueden determinar mi libertad, el destino de mis cosas, mi conducta para con otros, etc.

En lo más elemental de la organización vital, nuestra subsistencia depende de que consigamos los recursos (dinero) para conseguir los recursos (alimentos) que la hacen posible.

El nuestro ha dejado de ser un mundo originario, dependiente de lo concreto de modo inmediato, para ser una realidad derivada.

La eficacia del mundo que vivimos, la realidad que participamos, no depende de la impresión que ejerce sobre nuestra sensibilidad, condicionándola, sino porque propone realidades futuras que prometen proveer esas impresiones.

Es raro que estudiemos o trabajemos porque encontramos placer inmediato en hacerlo (aunque sería saludable que así fuera).

Nuestras relaciones con las cosas y con los otros están moldeadas por la cultura que, con sus pautas, mediatiza la estimulación sensorial, condicionando la misma sensibilidad.

Hoy nuestra vida está condicionada en todos sus aspectos por la visión que se tenga de la realidad. El mismo universo en que vivimos es *un universo de sentido*.

Vivimos en una burbuja de sentido. Por eso no es de extrañar que se haya depredado el medio ambiente y explotado a nuestros semejantes, dado que la percepción de los otros también está condicionada culturalmente.

No es necesario enunciar las penurias -crecientes- de nuestro mundo actual: todas resultan de una visión fragmentaria y fragmentada que no permite comprender - y actuar en consecuencia- la primera e íntima unidad de todo lo manifestado (lo que los cosmólogos llaman universo observable).

De ahí que la respuesta que tenemos que dar tiene que ser una respuesta de sentido. Cualquier acción parcial no puede tener más resultado que paliar de modo transitorio los inconvenientes. Estos volverán a surgir porque radican en la misma matriz de la realidad: la visión inevitablemente escorzada de un observador condicionado por su cuerpo y, por ende, creyente de la separatividad que éste le impone y de la imposición incuestionable (por sentida) de lo concreto.

No está en la Naturaleza la solución porque no somos naturales sino históricos. Por tanto, en términos de especie, aquélla es el pasado y nada puede aportar a nuestro futuro.

Nuestro futuro será lo que nos propongamos hacer.

La salida, entonces, está con los otros, mis semejantes, y hacia delante.

Yo por delante, por detrás, por arriba, abajo y a los costados ¿entonces?

De cada variación de tono interno hay registro.

A cada percepción externa le corresponde una sensación interna, una variación de tono.

De cada movimiento mío (externo o interno, en definitiva, todos tienen registro interno) tengo registro.

En suma, registro todo lo que llega, registro que registro y registro todo lo que sale.

Ese registro de los registros es realimentación.

Esa realimentación entrega señales de que “aquí” pasa algo. Y eso lo hace a cada instante, instante tras instante. A cada momento, tengo una nueva señal de la vieja referencia de “esto que está aquí”.

A esa dinámica que percibo “aquí” la llamo “yo”. De modo que, a cada instante, tengo señal de mí. Y ésa de cada instante es una nueva señal de mi viejo yo, que se confirma renovándose.

Así que no es exagerado decir que estoy en todo, que yo soy el soporte del mundo.

Estoy en todas las cosas. Me muevo por mí. Aún en los intereses más altruistas, estoy yo. Soy destinatario de todas mis acciones porque soy el soporte de todas.

Lo nuevo dura momentos que pueden ser más o menos largos, al cabo de los cuales estoy yo, ya sea disfrazado de mí o de lo otro, de eso que mi conciencia se ve obligada a ser en lugar de sí misma, de modo apodíctico (sin posibilidad de modificación), en cuyo caso quedo agazapado en la umbrosa copresencia. Haciendo mía cada cosa que aparece, tiñendo todo con migo, perdiéndome y afirmándome en cada cosa. Permaneciendo, dando continuidad y estabilidad a lo que es constante cambio: el flujo de la conciencia.

Buenos Aires, 21/10/2006